

El intocable

Gabriela García de la Torre

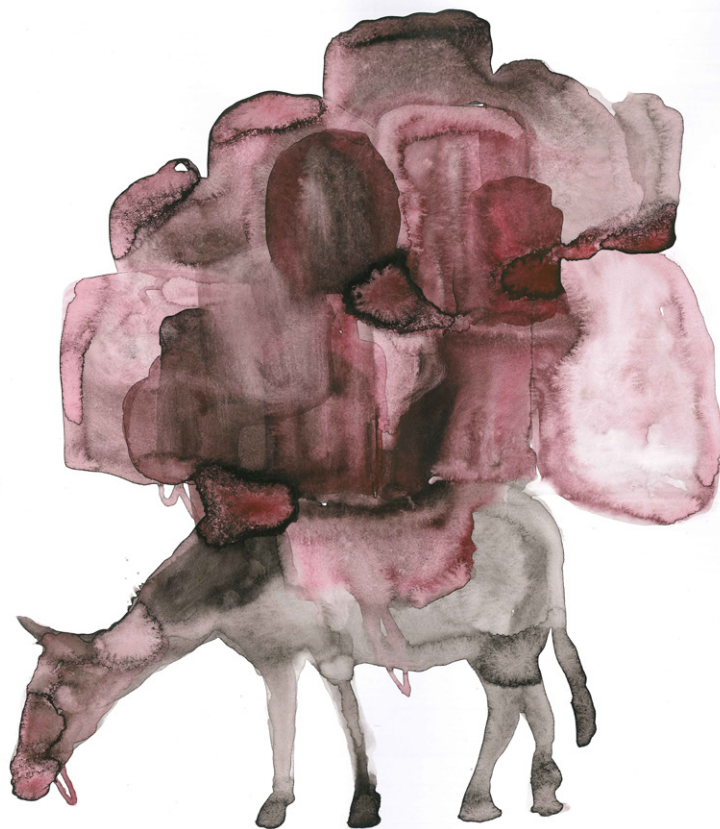
Qué calor, no termino nunca de patear esos cartones blanquísimos que me sofocan el cuerpo. Poros expandidos que buscan el abanico de una brisa fresca, algunos pitidos leves me arrullan como en el vientre materno. Me despierto con la amonestación mastica de una enfermera: no se puede quitar la sábana porque se le ve todo. ¿Quién me está viendo? No importa que me vean, respondo. Sí importa, me ladra, y me encierra de un tirón en una cortina que mágicamente me envuelve en un cilindro del techo al piso, estoy tendida bocarriba despatarrada, tengo mucho calor, quiero un soplando de montaña, me estoy cocinando. Los pitidos disminuyen, es un teléfono que deja de sonar. Le dije a Claudia que llegara al cine, yo pagaría las boletas de la película y el pasaje de regreso, pero no me confirmó. Por eso no fui. Me la imagino atravesando la ciudad, casi dos horas caminando, desde La Granja en la Ochenta, hasta el Radio City, abajo de la Javeriana. Y otras dos horas de regreso envuelta entre el esmog y los pitazos. No tiene ni para el bus. El teléfono timbra y timbra otra vez, de nuevo bocarriba, cero arrepentimiento, que se joda Claudia, no le voy a contestar, estoy harta de que sea tan pobre.

Palpo. Estoy en una camilla. Veo la cortina, las mangas de mi pijama a cuadros. Lilly me premia cada tanto con prendas sofisticadas. Detesta mi desaliño masculino y a cuadros. Me quiere ceñida en blusas de leopardo y los ojos difuminados como una faraona de discoteca de Miami; me quiere

coqueta y oferente, como si yo tuviera piernas de garza y paso sibilino.

Algo me pica, me llevo la mano al pecho, pero se me enredan unos cables conectados a la mano. Sumercé, estoy amarrada, canturreo, y entra la furibunda, con un vuelo de verónica la cortina. Me desenreda como si me hiciera el favor de limpiarme el culo: con asco e impaciencia, y se larga. Me toco el pecho, solo noto vendas bajo la pijama. Trato de incorporarme un poco, todo se me inclina de medio lado y caigo blanda de nuevo bocarriba. Adriana, a pocas horas de conocerme, frunce su rictus sectario: cómo se me ocurre pensar en una reducción de busto para no ser fea. Aceptación radical, muerte al patriarcado, me evangeliza, y hay calor en sus ojos y sequedad en la boca, como un cruzado contra los infieles. Adriana estaba a punto de someterme a ejecución sumaria con tiro de gracia. Mi traición al género le ponía cetrino el rostro; las cicatrices revejidas de un acné perenne se oscurecían, madrigueras de gusanitos de guayaba.

Me sacuden de nuevo. Que si tengo náuseas, que si quiero una aromática. Pido un cuchuco con espinazo y cocacola, pero no tienen ese servicio. Mi aromática es con público, porque me abren la cortina. Somos unos diez pacientes los que alucinamos mientras nos sacudimos de los rezagos de la anestesia. A mi lado una mujer de rostro templado y boca mordisqueable como una reinaclaudia empieza a eructar como un vi-kingo borracho. La furibunda la acomoda



Patricia Bernal Cortés. Tinta sumi sobre papel. 35 x 35 cms.

para que vomite. Parece un exorcismo. Me agarro de mi vasito vacío de aromática para no caerme de medio lado.

Karina hace que me escucha, pero tiene ojos periféricos que controlan la calle anochecida con el temor de que surja algún hombre. Ella hace que me quiere, hace que le importa. Asiente a lo que hablo, pero sigue al acecho de cualquier violador. No me escucha. Ve violadores en todas partes. Yo trato de merecer la conversación, aunque estoy en carne viva, porque todos ustedes me dejaron morir, Karina. Ninguno me respaldó.

Cuando estás en un rincón asqueroso en el que vomitar sangre iracunda era lo de menos, en el que agarrar un pitillo metálico del vaso de jugo y practicarle una traqueotomía perfecta a quien se enmelocota de tus palabras para hacerlas decir otra cosa es lo de más, no hay ni un rincón asqueroso para ti, y reaccionas como la rata en su rincón, y cuando yo más necesitaba que me acunaran como a tres gaticos recién nacidos que tiemblan de frío, ninguno de ustedes recogió ni siquiera el reguerito que quedaba de mí, la basura. Cero, me dejaron morir, ni siquiera una mirada, una palabra, todo

ese cariño era falaz. Cuando te desollan y quedas así en carne viva hasta un chofer de buseta que te insulta porque estorbas o porque hueles a feo, o porque estabas cantando en voz alta sin darte cuenta, te evidencia que redundas, hiedes, sobras, desagradadas, te machucas en todos los bordes porque te vas a caer a un abismo y ustedes, Karina, ayudan a empujar hacia el vacío.

Descubro agazapada entre unos arbustos de la calle a una perrita con el rabo entre las piernas. Se vuelve inminente rescatar a la perrita. Ella tiembla y huye mirando a veces hacia atrás, siempre la cola entre las piernas. Karina y yo rebuscamos con ojos y voces cariñosas a cuerdas de distancia, la perrita nunca vuelve. Nos duelen todos los perros perdidos en el plexo solar. Entonces piso mal, o doblo mal el tobillo y toda yo retumbo como un bulto en el suelo, mi zapato rodando y mis senos ultrajados. Karina no resiste la carcajada. Trata de no reírse. Me río para hacer como que no me importa, pero me duele y mucho. Otra vez me dejaste morir, Karina. Un pecho vendado y plano humillado por segunda vez. Karina tiene lágrimas e hipo de la risa, echa para atrás la cabeza, todavía se sacude de la carcajada, ni siquiera intenta taparse la boca.

*

El consultorio es tan grande como un ala del Museo del Oro, hay nichos de exquisita curaduría con estatuas tal vez de la cultura Quimbaya, no soy conocedora. Sospecho que el cirujano se precia de que son estatuas originales, y quizás exhibe a mentón alto la ilegalidad de su usurpación, así como los nobles feudales se cobraban su derecho a la pernada sin perder su buen sueño. El aire es helado, gran privilegio en ciudad caliente; por las ventanas se divisa por punta y

punta un imperio, como los predios de un colono holandés en tierras brutas y baratas. Se me ven con lupa los dos dientes de agua-panela y el pelo reseco. Entrar a la oficina del cirujano es como introducirse a una caja irlandesa de whisky añejado por reyes. Hay un perfume que solo da la solidez inversionista. El cirujano mira con un cariño de dos segundos, los suficientes para aplastar con su magnificencia a las mujeres que vamos a que nos embellezca nuestras fealdades. La consulta es casi telepática pues él sabe más que la paciente sobre lo que ella quiere. Su bata es blanca fosforescente, el mechón canoso se airea altanero como un motociclista que se sube al andén adrede. Su juego de estilógrafos Montblanc son un jaque mate cada que escribe su receta en caligrafía grande, sepia y de mala imitación inglesa.

Ya no me resbalo de medio lado: estoy en una camilla. Sí, recuerdo. Acabo de pasar por una cirugía de reducción de senos. Ya. Ya. Le tengo miedo al hambre, pero no tengo hambre. La cirugía: vuelvo a palparme el pecho, mis manos no ven nada. Me incorporo un poco y mis ojos ven un abismo: no hay nada. Un valle árido donde antes hubo montañas de Nuevo Mundo. Sumercé, sumercé, présteme un espejo, ayúdeme a pararme. Ella mira la hora, otea mis pupilas desde lo lejos y no responde: se larga. A los minutos vuelve con mi mamá. Verla y aullar de hambre, mi mamá me nutre. Y me miro sin la pijama...

*

Allá donde desfilan las mujeres como golondrinas hipnotizadas por un gavilán, por el varón rey, por el millonario que esculpe narices de quirófano en serie, por el que no pide favores sino que emite imperativos cortos y sin repetir y al segundo se materia-

lizan sus requerimientos, ese varón blanco y exitoso me recibe para control de la cirugía, presto a mirarme desde arriba mientras me inclino ante Su Reverencia. Yo me siento aplastada por toda la puesta en escena y por pagar mucho dinero para que me mutile a su gusto. Tengo el rostro escurrido como una mártir. Por un segundo, veo cómo se resquebraja con una grieta mínima la pared del consultorio: el cirujano por primera vez me mira a los ojos, por primera vez alguien reclama un resultado fallido, por primera vez tiene el rostro de sus estatuillas quimbayas. Él afana bromas para reasegurarme, yo miro mi pecho de niño gordito de once años, mi panza de narco-trafficante, y le dedico mis ojos de reproche largo y en silencio. La danza del cirujano es irregular, sincopada, se le acabaron sus respuestas de manual. No obstante, pago hasta el último billete, de los nuevos, en el despacho de la secretaria, quien solo atina a mirar al suelo para no testimoniar el único caso en décadas de una paciente insatisfecha. Me preguntan que si necesito factura: faltaría más, claro que sí, y agradezca que no contacto al gobierno para una inspección de las estatuillas arqueológicas. No, esto no lo digo. Lo pienso, lo mascullo mientras salgo agradeciéndole a la vida que nadie me haya arrojado un litro de ácido en la cara, sino que solo me practicaron una mastectomía doble sin mi consentimiento, y pagada.

*

Supe que Claudia anda buscándome, después de treinta años. Pero se me empereza el estómago de saber que tengo que escuchar sus historias de ascenso social. Hace mucho dejó de ser pobre y flaca. A Adriana le debo una bofetada con intereses, por cobrarle a mí sus odios de género. Por los discursos llenos de laberintos, pasos mi-

núsculos que reculan siempre hacia la torre de control en donde se aprieta más el cilicio para disciplinar a la arrogante que sonrío porque, la verdad, nadie está a tu altura, ¿cierto, Adriana? Bofetada y media para esa malparida. A Lilly le encantará verme el busto como dos fichitas de parques, para que mi figura se estilice, mi figura, que parece más un termo de lonchera de tercero de primaria. Karina se me esfumó del corazón, la había adoptado como hija, pero ya me acordé de que yo no quiero tener hijos, así que aborto a la adoptada.

Me vuelvo paciente habitual día de por medio para la revisión de la cirugía, en el gran palacio. El cirujano me hace cómplice de algunas anécdotas. A su nuevo cariño por mí se sumaron las miradas largas y las manos en mis hombros tratando de hipnotizarme para que al espejo yo viera un busto cada vez más grande. Cambia mis vendajes cada vez como si me apoyara en un lecho nupcial, y sus párpados tristes y sonrisa de hombre madurado con whisky fino me anulan el lóbulo frontal. Luego me escribe más fórmulas de pomadas, entra la secretaria a consultar si puede subir el aire acondicionado, porque se está ahogando del calor. El doctor la fulmina: deja eso quieto. Luego al instante de nuevo tierno conmigo suspira y se burla: ah, estas mujeres menopáusicas...

Y yo me río con él.

Gabriela García de la Torre estudió Literatura en la Pontificia Universidad Javeriana en Bogotá. Se desempeña como editora de textos. Cursó algunos talleres de escritura creativa en la Universidad Central en Bogotá, y actualmente asiste al taller de escritura creativa de la Universidad de Antioquia, dirigida por Luis Fernando Macías.